

LA PESADILLA DE LOS ETIMOLOGOS

Los pobres etimólogos tienen muchas pesadillas, pero la más importante, tal vez, es un hecho fundamental de la evolución lingüística: la interdependencia entre las familias de palabras. Por cierto, Gilliéron ya reconoció su importancia: y se sintió sorprendido por el papel primordial de la *homonimia* para la historia del léxico. La homonimia, después de él, hasta pareció haber sido el factor decisivo determinante en una gran parte de la historia revuelta del léxico. ¿Es que Gilliéron exageró? A menudo se ha pretendido que sí. En realidad no estuvo lejos de la verdad, sobre todo en una lengua como la francesa, que sufrió tantas alteraciones fonéticas. Sólo que la homonimia no es más que un caso extremo de un problema más complejo, el de las interferencias en el plano formal del sistema lingüístico. Homonimia quiere decir identidad de forma de dos palabras de origen diferente: gascón *gat* < *cattus/gallus*, para recordar el ejemplo más famoso de Gilliéron.

Pero la *semejanza* de formas, mucho más frecuente, basta, la mayor parte de las veces, para desequilibrar el sistema:

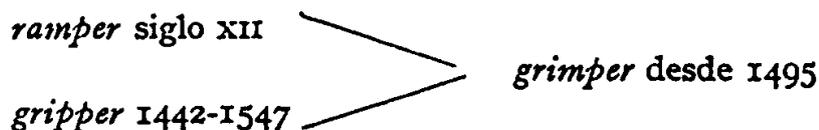
Si *abuser* 'abusar' en ciertos patois (por ejemplo, en Jersey), quiere decir 'amuser' 'divertir', la semejanza formal entre *abuser* y *amuser* es la causa de ello:

sentido:	'amuser' →
	↑
forma:	<i>amuser</i> ↔ <i>abuser</i>

Podemos hablar de una atracción semántica, que se ha hecho posible por la semejanza formal. Esta atracción semántica, originariamente puede ser inconsciente o consciente. Si es inconsciente, es un error que ha sido admitido por la comunidad lingüística; si es consciente, es un juego de palabras, una broma que, primero, provoca una reacción afectiva ante el interlocutor que sonrío o que ríe, según su temperamento. Pero la broma, a fuerza de ser repetida, pierde su fuerza expresiva. *Abuser* por *amuser* pasa a ser una palabra normal, un signo lingüístico objetivo.

Tomemos un segundo ejemplo que nos hará conocer otro aspecto del mismo problema. *Grimper* 'trepar', durante largo tiempo de origen desconocido, se remonta al germánico *GRIPAN 'asir violentamente con las garras' (es el alemán *greifen*). Barbier había visto allí un germánico **krinpan*, pero esta etimología tropieza con el hecho de que *grimper* en fr. no aparece hasta finales del siglo xv. *Grimper* está precedido por *gripper*. El paso de *gripper* a *grimper* se debe a *ramper* que, desde el siglo xii, está atestiguado en el sentido de 'grimper'.

'grimper' (trepar):



La noción de 'grimper' ha estado, pues, expresada por dos palabras diferentes: *ramper* y *gripper*. Las dos palabras de forma diferente se encuentran en el plano semántico.

El encuentro semántico ha provocado una interferencia formal, o mejor: la interferencia semántica ha provocado una interferencia formal. Es, pues, antípoda de nuestro ejemplo *abuser-amuser*.

Los dos ejemplos nos muestran el juego sutil de los sistemas. Unas veces es el sistema formal el que provoca una evolución en el plano semántico (*abuser*); otras, es el sistema semántico el que provoca una evolución en el plano formal (*grimper*).

El ejemplo de *grimper* prueba, al mismo tiempo, la importancia de estos hechos teóricos para el trabajo etimológico. El etimólogo que no tenga en cuenta estas interferencias, se arriesga a hacer etimologías a tontas y a locas. Pero esto no es todo. El encuentro de las familias de *ramper* y de *gripper* ha tenido consecuencias más graves. *Gripper*, después de haberle robado una *m* a *ramper*, en el siglo xv, no parece haber demostrado mucho agradecimiento a su compañera. *Grimper*, joven y vigoroso, pretendió la significación de 'grimper' para él solo; *ramper*, desde finales del siglo xv, se vio reducido poco a poco a la significación que nos es familiar, 'avanzar arrastrándose sobre el vientre'. *Grimper*, victorioso vampiro, le ha extraído y bebido su sangre semántica. Su compañero, que le había hecho el obsequio de la *m*, fue condenado en adelante a '*ramper* sur terre' 'arrastrarse sobre la tierra'. El drama formal termina en drama semántico.

La interferencia entre las familias de palabras ha constituido el objeto de numerosos artículos. Sobre todo, Wartburg y Malkiel han sido

quienes más han insistido, pero muchos otros romanistas se han ocupado de los mismos problemas. No hay más que abrir los «Mélanges» Wartburg¹. Jaberg examina allí la interferencia de familias de *substrare* y *suscitare*; Burger, la de *licere* y *lex*; Heinrich Kuen, la de *fabā*, *fabule* y *sabuco*; Delbouille, la de *Hara* y *Herle-King*; Gamillscheg, la de *fiamma* y *gamba* (p. 270). El DFW (Diccionario etimológico francés) ofrece ejemplos de un extremo al otro. Si el germ. *mundboro* 'tuteur' 'tutor' ha dado *mainbour* en francés —etimología que habría hecho enrojecer a los neogramáticos, puesto que no hay ningún camino fonético directo que conduzca de *mundboro* a *mainbour*— es gracias a *main* de *manus*, que, en sus acepciones figuradas, simboliza el poder (*maintenir*, *mantener*; etc.)².

¹ *Etymologica. Walther von Wartburg zum siebzigsten Geburtstag* (18. Mai 1958). Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1958, XII + 893 pp.

² Véase también en esta misma revista el artículo de WALTHER VON WARTBURG. *La délimitation des familles de mots voisines de sens et de forme*, RFE, 1952, XXXVI, 308-310. Además:

W. VON WARTBURG. *Le Französisches Etymologisches Wörterbuch, Evolution et problèmes actuels*. Word, 1954, X, 288-305; se trata de los artículos *typhein*, *stopfon*, *stuppa*, *top*, *toppin*, *tupp-*, *topp-*, *toppen*, *talpa*, *topf*, *tufa*: «*Etuve* se rattache à la famille du grec *typhein*. *Etuve*, qui en a été dérivé, exigeait, par suite de son affinité sémantique avec *étouffée* et *étouffade*, un examen d'*étouffer*. Étant parvenu à la conclusion qu'*étouffer* provient d'un croisement entre *estoser* et *estoper*, je dus établir l'histoire du francique STOPFON et celle du latin STUPPA. Ce dernier mot, à son tour, était si voisin de *toupe* 'touffe', pour le sens et pour la forme, qu'il n'était possible de lui attribuer à coup sûr tous les dérivés (*toupillon-estoupillon*, *toupette-étoupette*, etc.), qu'après avoir fait un inventaire complet de deux familles de mots. C'est ainsi que j'en vins à rédiger l'article sur l'ancien francique TOP, pour lequel il fallut encore examiner l'origine de *toupie*. Comme *toupie* a été mis en rapport à plusieurs reprises avec les mots galloromans du type *toupin* «pot», l'article *TOPPIN s'imposait. D'autre part, comme l'a montré Jud, *Revue de linguistique romane* 1, 194, STUPPA a eu sur la famille de mots galloromane du type *estuper* une action telle que la voyelle du radical en a été modifiée; d'où l'article *TUPP- «sombre». Par le fait que beaucoup de représentants plus récents du vieux français *estoper* ont perdu leur préfixe, il était nécessaire de délimiter le mot *toper*, d'où l'article TOPP-. A cela s'ajoute un petit problème secondaire: le rapport entre le moyen français *toupebras* et le français moderne *toupras*, d'où l'article: néerlandais TOPPEN. Malgré leur ressemblance phonétique et leur signification analogue, les verbes *toper* et *tauper* doivent être séparés l'un de l'autre. *Tauper* provient d'un *TALPA 'patte' dont l'origine reste obscure. Pour en faire la démarcation d'avec TALPA 'taupe', il n'est pas nécessaire de publier ici cet article parce qu'il ne fournit pas beaucoup plus de renseignements que ceux qui nous sont donnés par Bertoldi, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 32, 150, par Schürr, *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 47, 492 et par Jud, *Festschrift Gauchat*, 309. L'étude du verbe *étouffer*, d'autre part, a entraîné celle de TUPA».

W. VON WARTBURG. *Français trique et congénères*. *Mélanges Bruneau*, 1954,

Agreguemos dos ejemplos recientes del FEW.

El español *raya* se traduce en los diccionarios esp.-fr. por *raie*, que está definido como 'línea trazada sobre una superficie'. ¿Quién podría dudar, a primera vista, que el esp. *raya* y el francés *raie*, que se corresponden tanto en el plano semántico como formal, no sean etimológicamente idénticos? Por el contrario, Corominas hace derivar el español *raya* de *radia* (lt. cl. *radius* 'rayon') y Wartburg hace derivar el fr. *raie* del galo **rica* 'sillon' (surco). Un estudio detallado —me falta espacio para exponerlo aquí— prueba que, probablemente, los dos sabios tienen razón: *raya* y *raie*, estas dos palabras que tienen el aspecto de ser hermanas siamesas, pertenecen a familias muy diferentes; una, del latín; la otra, del galo. Notemos, entre paréntesis, que otras familias están mezcladas: *ría* 'zanja para el desagüe de las aguas' en la Suiza de habla francesa, prueba una interferencia entre *RICA* 'surco' y el lt. *RIGARE* 'humedecer, regar, conducir canales de irrigación en alguna cosa'. Otras formas testimonian la influencia de *RASUS*. ¡Cuatro familias, pues, que entran en juego sin hablar de *raie* 'especie de pez' que deriva del lt. *RAIA*!

Paso a las experiencias personales recientes como redactor del FEW. En los departamentos del Gard y de la Lozère el maíz es designado *blad marés*, *blammares*. Por otra parte, en el sudoeste, en Ariège y en Gascogne,

91-99; *Franç. mat, Ses congénères et ses homologues, dans les parlers gallo-romans. Recueil Brunel*, 1955, 671-679.

Y. MALKIEL, *Etymology and the Structure of Word Families. Word*, 1954, X, 265-274 [«Almost any word-family of reasonable proportions, if studied at sufficiently close range, shows at least vestigial interlocking with other families. A measure of contamination between families of similar form or similar meaning is the rule rather than the exception» 274]; *Studies in Hispano-Latin Homonymics: Pessulus, pactus, pectus, despectus, suspectus, fistula in Ibero-romance. Language*, 1952, XXVIII 299-338; *A Cluster of four Homophones in Ibero-Romance. Hispanic Review*, 1953, XXI 20-36, 120-134; *The Derivation of Hispanic fealdad(e), fieldad(e), and frialdad(e). University of California Publications in Linguistics. 1. 1945* 189-201 [«The mutual encroachment of the three derivatives from *feo*, *fiel*, and *frio* may at first sight appear to be what has maliciously been termed a linguistic anecdote»]; *The Uniqueness and Complexity of Etymological Solutions. Linguistica*, 1956, V, 225-252; *The Place of Etymology in Linguistic Research. Bulletin of Hispanic Studies*, 1954, XXXI 78-90; *Etymology and Historical Grammar. Romance Philology*, 1955, VIII 187-208; etc.

KURT BALDINGER. *L'étymologie hier et aujourd'hui. Cahiers de l'Association Internationale des Etudes Françaises*, 1959, XI, especialmente 248 sig.

HUGO SCHUCHARDT, ya en 1891, había reconocido la importancia de estos problemas: «Semejante mezcla de palabras se da en todos los grados y maneras; cuanto más penetramos en la vida de las lenguas, tanto más importante se nos presenta el papel que tiene aquí...» (*Brevier*, 109 s.; véase *ib.* 129, 132).

se designa al trigo sarraceno alforfón (le blé sarrasin) *blat-mourou*, *blam-morou* al lado de *mil morou*. Estas palabras están muy próximas en la forma y en el sentido. Por lo tanto, es fácil separarlas etimológicamente: el *blammars* de la Lozère se remonta a *BLADUM MARENSIS (de MARE 'la mer' 'el mar'), el gascón *blammorou* deriva de *BLADUM MAURUM. Pero he aquí que nos encontramos, en el centro mismo del dominio de MARENSIS, un *blamaure* 'maíz', deformación evidente del tipo *a* según el tipo *b*. Por otra parte, en el dominio de MAURUM, en Barèges y en Gavarnie, encontramos *mitamuru* en lugar de *milmourou*. Otro accidente que nos lleva a la familia de MORUM, *la mûre* 'la mora'. Las familias de MORUM y de MAURUS se encuentran en el plano formal (el prov. ha conservado la *au* latina, es verdad, pero el occitano ha tomado en préstamo la forma *moro* del español). ¡Situación de conflicto sobre el plano formal, pero agravada por el hecho de que *la mûre* 'la mora' y *les maures* 'los moros', ambos son negros! En francés antiguo, *noir comme meure*, locución corriente, es 'noir comme une mûre' 'negro como una mora', pero, si en la *Vengeance Raguidel* leemos: *ses chevaux fu noirs que more* 'su caballo era negro como moro', ya no se trata de la mora, sino de moros. ¡Transposición del conflicto, pues, al plano semántico! Las plantas y los animales que han sido designados con *mor*— y desgraciadamente hay muchos —se remontan a MAURUS o a MORUM. Confieso que esta cuestión me ha costado gotas de sudor etimológico. Por otra parte, también los dialectos occitanos se han sentido incómodos —lo cual me ha causado una satisfacción maligna— y han procurado encontrar una solución. MORUM (MORA) ha dado *amouro* en una gran parte del dominio occitano. Solución elegante con la ayuda de la aglutinación de la *a* del artículo definido. *Mitamuru*, pues, es MILIUM + MAURUS, influido a su vez por *amouro* que se remonta a MORUM. Ha habido, pues, interferencia a pesar de la solución que he calificado de elegante.

¡Pero lo que es más grave, MORUM, al huir de la confusión formal con MAURUS, ha caído en los lazos del amor! De ningún modo estoy bromeando. *Amouro* 'mora' y, sobre todo, su diminutivo *amoureto* 'mora pequeña' han encontrado el lugar ocupado por *amour* 'amor' y *amoureto* 'amorcillo'. ¿Coincidencia u homonimia sin consecuencias? ¿Quién confundirá las moras con el amor? Pero nada es imposible en materia de lexicología. Volveremos sobre esto.

Gusta creerse que la lengua refleja la realidad exterior, sobre todo cuando se trata de una realidad concreta y de la lengua popular. Pero el lexicólogo comprueba que, a menudo, es la lengua la que crea una realidad, una nueva realidad interior que se opone netamente a la realidad exterior. La salamandra, por ejemplo, en el Haut-Maine, y en ninguna

otra parte, se considera que es peligrosa. Anuncia la muerte. La realidad exterior, los hábitos de la salamandra no justifican, de ningún modo, estas aprehensiones. No se trata de una realidad exterior, sino de una realidad interior, más precisamente de una realidad lingüística. Cosa singular: la lengua creadora de supersticiones. En efecto, en el Maine, la salamandra se llama el *mouron*, 'le petit Maure' 'el pequeño moro', designación debida al hecho de que la salamandra de la región es negra y está manchada de amarillo. Pero *mouron* ya no se comprende. Los campesinos no han hecho estudios etimológicos, desgraciadamente, ¡pues esto los hubiera librado de un peligro mortal! Ligan *mouron* al verbo *mourir*: la superstición está creada. Vemos: la interferencia formal entre las familias de palabras se encuentra en la base de una interpretación engañosa, es decir, de una motivación nueva, de una etimología popular, que, a su vez, conduce a la superstición. Hechos puramente fonéticos son responsables del carácter que atribuimos a un animal: ¡hay una psicología lingüística de los animales!

El caso de *mouron* no es un hecho aislado. El mono, para los franceses, es un animal 'malin' 'astuto, listo, pícaro': se dice proverbialmente *malin comme un singe*. Pero no hay necesidad de comparar el francés con las otras lenguas romances y con las fuentes antiguas (v. el *Physiologus*) para comprobar que el francés hace «rancho aparte». Para los antiguos y para los demás pueblos romances el mono es 'méchant' 'malo, ruín'. *Malin*, en efecto, viene de *malignus*, que en latín y en francés antiguo quería decir 'méchant'. *Malin comme un singe* 'méchant comme un singe' 'malo, ruín como un mono', estaba, pues, bien en la tradición. Pero la significación de *malin* ha evolucionado: la astucia se ha mezclado y la locución *malin comme un singe* ha seguido esta evolución semántica. El problema se desplaza: ¿por qué *malin* 'méchant' 'malo, ruín' ha pasado a ser *malin* 'rusé' 'astuto'? Creo que el diablo es el responsable. En la Edad Media *le malin* 'el malo' era *el diablo*. Epíteto bien justificado, puesto que el diablo es la personificación de la maldad. Pero el diablo es malvado y astuto a la vez. Gracias al diablo es cómo la evolución semántica de 'malin' se ha orientado hacia la astucia. O para decirlo en una palabra: el mono ha pasado a ser astuto, listo, pícaro porque el diablo es malo.

El sistema formal de la lengua, el sistema semántico y nuestro sistema conceptual son sistemas en movimiento, y lo que es más grave: si hay evolución en uno de estos planos, esta evolución puede tener repercusiones en los otros. Los diferentes sistemas se influyen mutuamente.

Pero volvamos a MAURUS y a MORUM. Ya he hecho la advertencia de que estas dos familias sirven para designar plantas de color negro u os-

curo. En el departamento del Aube, por ejemplo, se llama *morelle* al 'saule des vanniers' 'sauce de canasteros', que corresponde exactamente al *osier noir* 'mimbre negro' atestiguado en francés. Pero entre estas plantas he encontrado una *herbe maure* 'hierba mora', una especie de reseda, en pr. *erbo mouro*. Antes de agregar al margen que esta designación se explica por el color, consulté felizmente —como lingüista concienzudo y mal botánico— la importante obra de Rolland sobre la flora popular de Francia. ¡Pues bien! ¡La reseda no es negra, sino amarilla! La realidad no corresponde, pues, ni a MAURUS ni a MORUM. Mis medios semasiológicos estaban agotados; era el momento de continuar por la onomasiología y el folklore. El folklore me ha enseñado que un ramo de reseda ofrecido a una joven equivale a una declaración de amor (Maine L.); «un ramo puesto exteriormente, durante la noche, en la ventana de una joven, indica que aquel que lo ha colocado la considera prudente, honesta» (Ain; Côte d'Or), o en un sentido menos favorable: En el norte de Francia ofrecer un ramo de reseda a una joven equivale a decirle: 'Vuestras cualidades sobrepasan vuestra belleza'. En efecto la reseda, cuyo olor es tan agradable, no es muy bella. Esto está confirmado por el *Nouveau Dictionnaire d'Histoire Naturelle* de 1803: «Por el perfume es por lo que se cultiva esta planta, que en su porte y su forma no ofrece nada de elegante. Se siembra cerca de la habitación, bajo sus ventanas, ya en medio de la tierra, ya en macetas que se colocan sobre las consolas y las chimeneas de los aposentos. Sobre todo, la buscan las mujeres, que comúnmente prefieren las plantas olorosas, las más endebles a las más bellas, que están privadas de olor. En efecto, intentad presentar al mismo tiempo a una mujer dos ramilletes; uno compuesto de *tulipanes* o *ranúnculos*, los más raros y los más ricamente matizados, el otro simplemente formado por una pizca de *heliotropo* o de *reseda*, veréis que ella eligirá este último sin vacilar; y mientras procuráis demostrarle fríamente las bellezas de vuestros *tulipanes*, para obtener la preferencia, sin escucharos arreglará sobre su seno la flor elegida, inclinándose hacia ella para gozar cuanto antes su perfume».

La reseda, pues, juega un gran papel entre los jóvenes enamorados. Por esta misma razón es por lo que se explican la mayor parte de las denominaciones: *fleur d'amour*, *herbe d'amour*, *amourette*, *mignonette*, tanto en francés como en italiano y en español. El amor me dio la clave del enigma: *l'herbe d'amour* 'hierba de amor' pasó a ser *l'herbe maure* 'la hierba mora' por interferencia entre tres familias de palabras en el plano formal: AMOR = *amour* en pr., MORUM = *amouro* en pr., y MAURUS = *mourou* en pr. (insisto en que la reseda se llama *erbo mouro* en pr.). un pr. *amoureto* 'amorcillo' es el homónimo de *amoureto* 'pequeña mora'.

La semejanza formal ha provocado una etimología popular. AMOR ha cedido el paso a MORUM y a MAURUS. La reseda ha pasado a ser negra, aunque sigue siendo amarilla, gracias al amor y a la interferencia entre las familias de palabras.

La serie continúa, por otra parte, porque, hacia fin del siglo XVIII, la reseda es designada *herbe au mort*, sea que nuestro *maure* (de maurus) haya jugado el papel de intermediario o que el amor haya conducido directamente a la *muerte*. Como quiera que sea, el reflejo del eterno tema del amor y la muerte en materia de lingüística resulta grato¹.

La serie de interferencias continúa, además, desde el mismo lado de MORUM. Al redactar este artículo para el FEW me ha sido preciso ocuparme de las familias de MATURUS, de NIGER (Malm. *neûron* 'mûre'), de AMARUS (bourbonn. *améron* 'ronce'), de BRAMBASI (Viv. *ampourou* 'mûre'), de MALVA. Con MAURUS, no son menos de siete familias las que han entrado en contacto en el plano formal². Volvamos a las plantas.

En el caso de la *herbe d'amour*, el amor ha sido fenómeno primario, es decir, está justificado por el folklore. Pero, desde el momento en que pasamos a una especie de manzanilla pestilente (en alemán Stinkkamille) a los sucesores del latín *amalusta*, el amor pasa a ser un fenómeno secundario, es decir, lingüístico. Voy a explicarme. *Amalusta* habría debido dar *amcloste*. En realidad *amerote* es el que está atestiguado en francés antiguo (de donde el fr. *maroute*). La *r* de *amerote* ha sido tomada en préstamo a AMARUS 'amer' 'amargo'. En efecto, el olor de esta planta es muy amargo y desagradable. Pero la interferencia formal continúa operando: encontramos *amourette* en muchos «patois» aunque esta manzanilla no haya jugado jamás un papel entre los enamorados. Es un amor puramente lingüístico, debido a la colisión de AMALUSTA, AMARUS y AMOR.

Las transformaciones, a menudo, se deben a la etimología popular, que, cosa curiosa, no se preocupa casi por la realidad. La etimología popular crea motivaciones, poco importa si son plausibles o no, si corresponden a realidades o no. Se contenta con explicaciones engañosas que parecen explicar el término sin explicarlo realmente³.

¹ Véase con más detalles nuestro artículo «Die Reseda im Spielfeld der Linguistik». *Linguistic and Literary Studies in Honor of Helmut A. Hatzfeld*, 1964, pp. 41-46.

² Lo mismo ocurre con la familia de MASSA, véase nuestro artículo «La masa del juego entre la multitud de las masas». *Homenaje a Dámaso Alonso*, 1960, I, pp. 149-170.

³ Y, gracias a la etimología popular, ¡hasta se ha erigido un monumento en honor de un hombre que nunca ha existido! Véase el artículo de mi asistente MANFRED HÖFLER. «Fr. *batiste* und das volksetymologische Denkmal», *ZRPh.* 1964, LXXX 455-464.

La lengua misma es creadora, ya lo hemos visto. Gracias a ella, el mono se convierte en astuto; gracias a ella, la salamandra pasa a ser un enemigo mortal; gracias a ella, la reseda amarilla se convierte en negra. Las interferencias formales pueden crear una nueva superstición, un nuevo rasgo psicológico, una nueva concepción de la realidad. Pueden crear hasta un nuevo *ideal de belleza*. Se sabe que el ideal de los *ojos verdes* juega un gran papel en la literatura desde la Edad Media, en Francia, en España, en Portugal, en Alemania: se trata de un ideal europeo. En realidad —los médicos lo confirman— los *ojos verdes* no existen. Hay ojos azules, grises, pardos, todo lo que se quiera, pero los ojos verdes faltan en la colección que el buen Dios nos ha ofrecido. El país de origen de este ideal es la Francia del Norte, y en el siglo XII estos ojos no eran verdes sino *vairs*, que se remonta a *VARIUS*. Eran, pues, 'ojos gris-azul, con idea de claridad' (FEW) (schillernde Augen 'ojos cambiantes'). La evolución fonética de *ai* > *e* ha creado la confusión entre *vair/VARIUS* 'variado' y *vert/VIRIDIS* 'verde'. La homonimia ha creado desde el siglo XII un nuevo *ideal de belleza*¹.

Estas interferencias, a menudo —y, sobre todo, en botánica popular—, nos producen la impresión de un verdadero juego lingüístico. El tusilago (fárfara, uña de caballo) se llama *pas de cheval* (paso de caballo) y *piéd de cheval*, en francés, se transforma en *patte de cheval*, *piéd de poulain*, en *pas d'âne*, *piéd d'âne*, para terminar en *pain d'âne* (pan de burro).

Estos pocos ejemplos, escogidos entre miles, nos muestran la evolución compleja del lenguaje, la interdependencia entre las familias de palabras tanto en el nivel de la forma como en el nivel del contenido.

Como redactor en el equipo del FEW, mis ejemplos están tomados del dominio francés, pero los etimólogos españoles no pueden librarse de los mismos problemas. Hojeando el Diccionario etimológico de Corominas se encuentran numerosos ejemplos, como *chirimbolo* 'cachivache', voz popular y afectiva, de origen incierto; sale probablemente de *chirumbela*, *churumbela* 'chirimía, instrumento musical' (v. el artículo siguiente), con influjo de *carambolo* 'enredo' (v. *carambola*); es posible que también hubiera contaminación semántica de *chambariles* 'trastos, cachivaches' (v. *chamarilero*).

¹ Véanse TH. HEINERMANN. *Die grünen Augen*. RF, 1944, LVIII, pp. 18-40; HARRI MEIER. *Os olhos verdes na literatura*, en *Ensaio de Filologia Românica*, 1948, pp. 191-206, y nuestra reseña ZRPh, LX, 438; E. GLÄSSER. *Die grünen Augen im portugiesischen Mittelalter und das galizianische Schönheitsideal*. Germ.-roman. Monatsschrift, 1959, IX, pp. 351-359. A. KUHN. *Die Romanischen Sprachen*. Bern 1950, p. 378, indica que la zapatilla de cristal en el cuento conocido debe su existencia a la misma homonimia de *vairs - verts - verre-*.

Cada palabra, además de ser miembro de una familia etimológica, constituye un *campo semasiológico*, por el cual la forma está ligada con una serie de conceptos. Cada concepto puede expresarse por una serie de palabras que constituyen un *campo onomasiológico*. Al lado de estas dos micro-estructuras existen dos macro-estructuras: la macro-estructura en el nivel de la forma (parentesco fonológico entre las palabras de una lengua) y la macro-estructura en el nivel de los conceptos (parentesco conceptual entre los conceptos de una lengua). Como cada palabra contiene dos elementos, forma y contenido, participa, al mismo tiempo, en las cuatro estructuras. Esa situación básica explica no sólo las interdependencias, sino también las interferencias mutuas, las contaminaciones, tanto en el nivel de las formas como en el nivel de los contenidos. Un cambio en una de las estructuras puede tener repercusiones en las demás. No se trata, pues, de algunos casos aislados al margen de la lengua, sino de una situación fundamental y las interferencias entre las familias de palabras hasta no son excepciones, sino más bien la regla, la situación normal y regular. La lengua es, por así decirlo, ¡un hospital de choques! Y el etimólogo no tiene más remedio que vivir con esta pesadilla y conformarse con su destino.

KURT BALDINGER.

Heidelberg.